



Foto: laprensa.pe

Lima a pedazos

DAN LERNER

Corren los primeros días de diciembre y en San Martín de Porres, uno de los distritos más poblados de Lima, se comienza a sentir el calor del verano. Es domingo y las calles, conforme el centro de la ciudad va

quedando atrás, aparecen despobladas. Los negocios están cerrados, los choferes de microbuses no hacen sonar sus bocinas y en las esquinas no se forman los usuales nudos de autos. Es domingo y en San Martín de Porres se respira paz.

El Estadio Nacional es el límite entre San Isidro y el Cercado de Lima. A un lado de la Vía Expresa, se abre paso la avenida 28 de Julio con sus negocios y estaciones de buses interprovinciales copando las aceras. Al otro lado, el coloso José Díaz, remodelado con apuro por el segundo gobierno aprista, imponente, gigantesco, moderno. Cuatro horas antes del encuentro, comienzan a llegar los hinchas de un equipo capitalino que hoy jugará la final del torneo nacional.

Una inmensa fila de policías rodea el Estadio y la salida de la estación del Metropolitano que da al coloso. Concentrados, observan atentamente a cada uno de los hinchas que acelera el paso para llegar a tiempo a la cola. Los caballos de la policía se han encargado de decorar el asfalto y perfumar el aire con el clásico olor de establo: una rancia mezcla entre naturaleza y coerción que recuerda a la infancia. Mirando hacia arriba, los niños, asustados, estrechan con fuerza las manos de sus padres y eluden a las bestias que intentan mantener el orden.

* * *

En el límite de San Martín de Porres y el Rímac, justo sobre el gran río de la ciudad, se encuentra el pequeño estadio del equipo capitalino que jugará la final en el Nacional. El equipo se fundó en el Rímac, distrito que concentra al núcleo más importante de hinchas. Desde esa zona comenzará la caravana de la hinchada hasta el punto de concentración ubicado a varias cuadras del Estadio Nacional. Cientos de jóvenes golpean bombos y

agitan banderas de color celeste. Pero no es solo una fiesta. Conforme avanzan, van adueñándose de las calles, aunque no en un sentido poético: destruyen lo que encuentran a su paso, patean botes de basura, pintan fachadas de casas, lanzan cohetones y asaltan a los ingenuos que decidieron dar una caminata dominguera por su barrio.

La marea de color celeste marcha a un ritmo que parece ensayado. Ha dejado los alrededores del estadio y la tranquilidad parece volver a San Martín. Pero no es así. El Puente del Ejército que une la avenida Alfonso Ugarte con el trébol de Caquetá, al lado del estadio, es el punto perfecto para los asaltos al paso. Si bien la manada ya abandonó el lugar, unos cuantos lobos solitarios han quedado agazapados esperando a sus víctimas. Una señora de unos cincuenta años, pelo crespo rojizo y vestida de rosado, cruza el puente cargando paquetes. De inmediato dos sujetos salen de su escondite y le arranchan las bolsas y la cartera. Ella forcejea, grita, insulta, golpea, pero de nada le sirve. Los delincuentes han emprendido la carrera y se pierden en los callejones de la zona.

* * *

Hinchas de otros distritos han decidido unirse a la gran masa en el distrito de San Martín. Vienen de toda la ciudad: Miraflores, San Isidro, La Molina, Villa El Salvador, Villa María del Triunfo. Algunos en bus, otros en auto. Unos irán directo por la Vía Expresa, después por Alfonso Ugarte, hasta llegar al trébol de Caquetá. Otros irán por la Costa Verde



Revocadores: quieren ser los paladines de la democracia, pero la cara no los ayuda. (Foto: TvPerú)

y subirán por la avenida Universitaria: allí se encontrarán con un problema.

De pronto la avenida se bifurca, pues en el camino se han colocado inmensas rocas. ¿Por qué? La avenida debería seguir recto, debajo de un puente construido hace muy poco tiempo. Sucedió, sin embargo, que el entonces alcalde de la ciudad, Luis Castañeda, decidió construir un bypass que invadía arbitrariamente la Universidad San Marcos. Más allá del alevoso atropello al ciudadano, a Castañeda le tocó un hueso muy duro de roer: los estudiantes de la universidad más antigua de América. El

hoy promotor de la revocatoria de la alcaldesa de Lima perdió la batalla —aunque seguramente ganó algunos soles— y la obra quedó estancada. Para ir a San Martín de Porres, cruzar la avenida Perú e ingresar por la abandonada calle José Granda, hay que dar una ridícula vuelta para dejar atrás esas piedras que bloquean el camino, ese bypass pasmado, ese inmenso y limeño elefante blanco.

Mientras realiza la proeza de sortear el bypass, el hincha seguro piensa que sus esfuerzos valdrán la pena una vez que se una a la caravana. Llegará, sin embargo,

muy tarde, debido a la congestión en la avenida Universitaria. Y no solo eso. Será testigo obligado de los robos al paso en el Puente del Ejército. Se indignará, tratará de acelerar para dispersar a los ladrones, pero será en vano: los transeúntes habrán sido despojados de sus pertenencias y el solitario hincha, sin darse cuenta, habrá perdido los espejos de su auto, más de una hora de su vida, pero sobre todo las ganas de ir al estadio en caravana.

El partido está programado para las tres de la tarde. A las dos y media, la cola de hinchas da una, dos y hasta tres vueltas al estadio. Quienes llegaron tarde observan con desesperación sus relojes, llaman por sus celulares a los que llegaron antes y se enteran de una noticia trágica: el estadio está casi lleno y será difícil que entren todos.

La gran marea celeste sí entró a tiempo: ellos, dueños de las calles y de la ley, protagonistas de la obra, han ingresado con prepotencia. Los demás, hombres de a pie, conseguirán con suerte entrar a la cancha; verán quizá el segundo tiempo apoyados en una baranda o sentados en las escaleras de emergencia; cuidarán sus bolsillos —porque nadie los cuida a ellos— y sus puestos de quienes se cuelan y venden sitios en la cola; celebrarán una victoria que a estas alturas es anecdótica; alguno tendrá que comprar repuestos para su auto, y la gran mayoría se lo pensará dos veces antes de ir al estadio: al fin y al cabo, Lima no parece estar preparada para un domingo de fiesta.

* * *

Nuestra gran ciudad ha hecho que sus habitantes pierdan la inocencia demasiado rápido. En Lima nadie parece estar contento, ni siquiera satisfecho. En las esquinas, los quioscos anuncian muertes sangrientas en casas y calles, los políticos insultan a otros gratuitamente, falsos héroes que aún no han ganado nada. Lima es una ciudad dura, sórdida, pesada.

La ciudad está creciendo a un ritmo trepidante y alguien tiene que poner orden. Nuestra alcaldesa ha tratado de hacerlo, peleando contra las grandes mafias, comiéndose pleitos que no necesariamente eran suyos. Es probable que cuando este artículo salga publicado ya haya sido revocada (o estuvo muy cerca de serlo), lo que nos lleva a preguntarnos qué pasará con Lima en las próximas décadas. ¿Cada vez que gane un alcalde honesto, trabajador, habrá iniciativas oscuras para revocarlo? Así el futuro no pinta nada bien: seguirán la informalidad, la imposición de la ley del más fuerte, el miedo constante y la desconfianza que termina convirtiéndose en odio.

La imagen de un estadio lleno debería ser alegre, pero al pensar en lo que sucede afuera y lo que padece el ciudadano para disfrutar de un partido, es todo lo contrario. Lima no está preparada para vivir una fiesta porque parece que los limeños no queremos que así sea. Queremos, quizá sin saberlo, ser cómplices del falso trabajo, del servilismo y la corrupción; de una ciudad que, si sigue así, se caerá a pedazos. ■